



Nota editorial

Sin duda, una revista es ante todo una comunidad de lectores. Nos gusta imaginar esa comunidad en la deriva de muchos espacios de interpretación y sentido, tal vez, como la empatía entre texto y lector que se produce a veces, sin que encontremos decididas razones para justificarla. En esa comunidad, habitamos las personas de carne y hueso que se vienen, que están, que se van. El sábado 10 de enero, la que se fue, fue Astutti. Adriana Astutti es una lectora que queda en Beatriz Viterbo y que le da un espesor a la comunidad de lectores desde la que pienso la revista y la vida universitaria.

Esa mañana de enero, encontré por casualidad una fotocopia de Jean Starobinski y adentro un papelito escrito por el dueño de una fotocopidora que decía “Astutti, 3.80 pesos”. Y después, más tarde, abrí el Face y me enteré de su muerte por el muro de Alberto Giordano. Como dicen por ahí, tristeza infinita. No puedo desligar a la Astutti de otros nombres, al de María Celia Vázquez, al de Ana Porrúa, al de Judith Podlubne, entre otros amigos íntimos de ella que me son cercanos, que forman parte de esta comunidad que comparte lecturas, ediciones, revistas, imágenes y escrituras y a los que saludo con cariño en este momento especial. Por eso, asocio a Adriana con todo lo compartido en la Maestría en Letras de la Universidad Nacional de Mar del Plata en sus inicios, la fachada de la Villa Victoria, los seminarios intensivos en los que Adriana participó, la alegría de María Celia contando un encuentro casual con una estrella de Hollywood receptiva y simpática (era Katheen Turner en el Festival de Cine de Mar del Plata), la risa de todos, muchas tardes, charlando en el jardín de la Villa Emilio Mitre, la tesis de Astutti defendida en Mar del Plata, con sus amigos de acá y de allá.

Copio aquí alguna de las citas lindas que Adriana seleccionó de Mansilla mientras escribía un artículo crítico, como modo de recordarla en el hacer de la lectura, de su sensibilidad y precisión, y reconocernos en ese gesto pequeño que deja huella en otro mayor, en su inmensa tarea como editora:

Vayamos a *Brasil*, el perro de Mansilla en *Una excursión a los indios ranqueles*. Sobre el final del libro, cuando Mansilla visita las tolderías del cacique Ramón para despedirse de él, y cuando se podría decir que ya no le quedan atavíos de que desprenderse, Brasil aparece en el relato en bastardillas, como un curioso alter-ego de su protagonista. ¿Pero quién es Brasil? Escribe Mansilla:

Brasil era un sabueso criollo inteligentísimo, mezcla de galgo y de podenco de presa, fuerte, guapo, ligero, listo, gran cazador de peludos y mulitas, de gamos y avestruces, y enemigo declarado de los zorros, únicos con quienes no siempre salía bien. Todos le querían, le acariciaban y le cuidaban. Los soldados conocían sus ladridos lo mismo que mi voz (362).

No sé si lo he dicho, que Brasil, a más de ser muy guapo, era un can gordo y macizo, de reluciente pelo color oro muy amarillo (378).

Cuando el cacique Ramón lo ve, fatalmente, le pide a Mansilla que se lo regale para que procee con sus perras escuálidas por mal alimentadas perros tan forzudos como él. Mansilla no encuentra la manera de negarse. Al borde del desierto y cuando los cautivos de los toldos de Ramón no se atreven a atrapar al perro (“me parecía que los desgraciados comprendían mejor que yo la libertad –dice–, y que no era por cobardía sino por un sentimiento de amor confuso y vago que respetaban el orgullo del mastín”), Mansilla lo entrega. Tuve yo mismo que ser el verdugo de mi fiel compañero. [...] Al atarle la soga en el pescuezo me miré en la niña de sus ojos, que parecían cristalizados. Y me vi horrible, y a no ser por la palabra empeñada, me habría creído infame (378).

Mansilla, el hermoso Mansilla, se desconoce en los ojos de su perro, pero ese desconocimiento lo tienta, lo atrae. (“Ese que no era yo”, Boletín 16 del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria, diciembre de 2011, 5-6).

Además de que el fragmento es muy lindo, nos deja hablar de algo personal de Adriana, los perros, y de algo público: el perro de Mansilla se llama *Brasil* y entre las cosas que hizo Beatriz Viterbo como editorial fue, dicho en palabras de Ana Prieto, volver a darle centralidad en las librerías a la literatura brasileña. Uno de los tantos regalos que nos deja Adriana Astutti y su figura como lectora y editora.

Un nuevo diseño de tapa anuncia la continuidad del hacer conjunto de nuestro grupo de investigación *Estudio de Teoría Literaria*, expresado en la revista. En esta ocasión, podemos decir que contamos con el lujo de la colaboración de Marcela Arpes para el dossier, con Esteban Prado para hablarnos de *Literal*, aquella revista que imprimió una marca en la crítica argentina, con Mauricio Espil, quien nos trae la palabra y la hondura de John Berger. Contamos, además, con los colaboradores invisibles que tanto han trabajado y a quienes agradecemos su seriedad y, en ocasiones, su necesario buen humor: Gabriela Tineo, Hernán Morales, María Estrella, Rodrigo Montenegro, Enrique Andreotti Romanín, Eugenia Fernández, Esteban Prado, Matías Moscardi.

Quiero agradecer al equipo que solventa la revista, y especialmente a Virginia Forace, nuestra secretaria y reciente doctora en Letras, a Estefanía Di Meglio, coordinadora de la sección de reseñas y a Ailín María Mangas, quien se ha sumado a la ardua tarea de edición.

Rosalía Baltar
Mar del Plata, marzo de 2017